

J. M. BRICEÑO GUERRERO

**EL ORIGEN
DEL
LENGUAJE**

Introducción

La ciencia dispone en nuestro siglo de un imponente aparato metodológico, cuyos aspectos heurístico, etiológico y sistemático se caracterizan por un rigor lógico y una coherencia racional sin precedentes en la historia de la humanidad.

Pero las grandes preguntas del hombre son anteriores al método científico; mientras éste es el producto histórico de un desarrollo cultural acaecido en Europa, aquéllas surgen espontáneamente de las estructuras fundamentales de la condición humana, como musagetas universales y eternos de la reflexión, sea cual fuere el tipo de organización social y su grado de complejidad.

Las primeras respuestas, tal como han sido transmitidas por la tradición de todos los pueblos, se ofrecen al examen inicial como el ejercicio libre e ingenuo de la imaginación, no corregido por autocritica alguna, ni guiado hacia resultados verificables, ni mucho menos constreñido por severidades epistemológicas. La mentalidad precientífica o, para hablar con mayor amplitud, no científica en el sentido occidental y contemporáneo del término, se satisface y complace en lujuriantes creaciones de la fantasía y no experimenta la necesidad de afinar sus recursos aléticos.

No hay, al parecer, puntos de contacto entre la florescencia mitopoyética de los pueblos llamados primitivos y el riguroso tratamiento que ciencia y filosofía suelen dar en nuestro tiempo a los grandes problemas del conocimiento. Sin embargo, un examen más profundo pone de manifiesto las semejanzas no sólo en cuanto a la motivación, de antemano evidente, sino también en lo que respecta tanto al contenido nuclear de las explicaciones, como a la función psíquica de los resultados.

Tanto el mito como la ciencia y la filosofía son formas simbólicas, elevan la caótica experiencia inmediata al plano de la representación para organizarla y manejarla en función de necesidades humanas y con el recurso humano por excelencia: el signo en todas sus formas.

Ahora bien, entre las que más arriba hemos llamado “grandes preguntas del hombre”, se encuentra la pregunta por el origen. Esta pregunta se despliega en abanico y desde sus múltiples extremos: origen de la técnica, origen de la religión, origen de la sociedad, origen del juego, origen de la música, origen de la poesía, origen del estado, etc., se va concentrando para inquirir sobre el origen del hombre, el origen de las especies, el origen de la vida y el origen del universo.

Pero un aspecto de esta gran pregunta múltiple se distingue cualitativamente de los demás, de manera que no podemos compararlo con una de las varillas del abanico, sino más bien con la tela o papel semicircular que las une y con el eje que, atravesándolas en un extremo, les permite cerrarse o abrirse para cumplir su función instrumental. Este aspecto es el que interroga sobre el origen del lenguaje.

El lenguaje es el medio que hace posible la formulación de preguntas y respuestas. La estructura del conocimiento es lingüística. La estructura de la conciencia es lingüística. La estructura del razonamiento es lingüística. La estructura del mundo, tal como lo concibe y utiliza el hombre, es lingüística. El lenguaje es el lugar de lo humano, en él vivimos, nos movemos y somos.

Preguntar por el origen del lenguaje significa intentar un salto sobre la propia sombra, querer transgredir el “circulo no se pasa” del conocimiento humano. Sin embargo, es propio del hombre emprender imposibles.

Los que no han comprendido el carácter aporético de esta empresa se enredan en contradicciones de fondo y errores ingenuos. Los que lo han comprendido han tomado el camino de la mística en su intento por superar los límites cognoscitivos de la condición humana o han tratado de profundizar la aporía con el objeto de lograr una solución explosiva al problema viciosamente circular de convertir al medio en objeto, de mediatizar al mediador.

Pero el hecho mismo de formular la pregunta es ya trascendencia. Una trascendencia que podemos llamar negativa, pues al cobrar conciencia de sí misma siente vértigo ante la perspectiva de lo infinito y procura aniquilarse. La mente necesita salvaguardar su coherencia para poder cumplir sus funciones ordinarias en el ámbito de la cotidianidad; no podría lograr esa finalidad si permaneciera abierta y sin fundamento; mantiene pues su inmanencia erigiendo, ante la permanente posibilidad de trascendencia, ilusorias respuestas que le permiten sostenerse, aunque no sea sino precariamente, para la eficacia pragmática.

Esas ilusorias respuestas forman parte de la estructura arquitectónica de las culturas; encajan armoniosamente en los esquemas de las culturas y de las culturas obtienen sus rasgos característicos, porque las culturas, en el sentido antropológico de la palabra, son los mundos del hombre.

Son ilusorias porque no responden; acallan; llenan provisoriamente el vacío revelado por la pregunta. Son precarias porque no pueden abolir realmente la posibilidad de trascendencia, sino que más bien la contienen,

de manera que, por un lado permiten el uso económico de la energía mental para fines prácticos y, por otro lado, mitigan la aporía paralizándola en mito o ficción teórica de acechante latencia reprimida.

En la primera parte de este trabajo se considera el tratamiento dado por el mito al problema del origen del lenguaje. En la segunda, el de la ciencia occidental contemporánea. Difieren grandemente; pero difieren en la medida en que difieren las culturas donde surgieron; no los distingue el valor aléptico, sino la pertenencia a diversos esquemas culturales, la sujeción a idiosincrasias disímiles que imponen, cada una por su lado, unidad de estilo a la totalidad de sus creaciones haciendo que cada parte exista en función del sistema completo.

Hay homología funcional entre los mitos y las ficciones que la ciencia occidental llama teorías, como análogos son el hartazgo ritual de los antropófagos y la complicada etiqueta de los banquetes diplomáticos.

En la tercera parte, el enfoque del problema es filosófico.

Exploración mitológica del tema

Ante todo una leyenda maquiritare: “En aquella época Uanádi, hijo del Sol y máximo héroe cultural, tenía la intención de crear los hombres para poblar la Tierra, en donde tan sólo vivían entonces los animales. Hizo a tal objeto una esfera milagrosa, hecha de piedra, la cual estaba repleta de gente diminuta todavía no nacida; desde dentro se oían sus gritos, sus conversaciones, sus cantos y sus bailes. Esta bola maravillosa se llamaba Fehánna”¹.

Tres niveles observamos en esta leyenda: el del sol, el del hijo del sol y el terrestre. La creación del hombre es obra del hijo, quien no tiene inconveniente en pasar de la intención al acto, pero trae primero a la existencia una especie de protohumanidad encerrada en una esfera de piedra. Por obra y gracia del hijo del sol, la esfera solar se ve repetida analógicamente en la esfera de lo humano.

Ningún símbolo tan adecuado como ese de la *Fehánna* para expresar el carácter unitario de la cultura. Todo está encerrado simultáneamente en ella: grito, lenguaje, canto y danza. Nos recuerda inmediatamente las esferas habitadas de Jerónimo Bosch y, con fuerza arquetípica, evoca las formas iniciales de la vida: semilla, óvulo, grano de polen.

El lenguaje, como el grito, la canción y el baile, es consubstancial con la condición humana y el todo se encuentra incluido en un todo mayor que lo trasciende. El mito reconoce la esfera de lo humano, completa en sí misma -la Fehánna es la más perfecta de las formas geométricas; pero reconoce al mismo tiempo su limitación y la posibilidad de trascender. El mismo mito es un acto trascendente, abandona la inmanencia esférica de lo humano para intuir su origen en la voluntad de una divinidad solar que, al ser concebida de manera antropomorfa, plantea la aporía genésica: es un maquiritare quien sueña este mito desde la bola maravillosa de su cultura y lo cuenta con recursos lingüísticos maquiritares enmarcados en la *Weltanschauung* de su pueblo. No está en desventaja con respecto a Parménides o Kant en cuanto a la profundidad de la intuición y los supera en belleza con esta pequeña joya literaria.

Gran parte de la más profunda especulación occidental sobre el origen del lenguaje no dice mucho más de lo que dice este mito, sólo que utiliza recursos creados por la mentalidad occidental y adaptados a ella.

Mito de los Abaluyia de Kavirondo: “Habiendo creado el sol y dándole el poder de resplandecer, se preguntó a sí mismo (Dios): ‘¿Para quién brillará el sol?’. Esto llevó a Dios a la decisión de crear al primer hombre. Crean los Vugusu que el primer hombre se llamaba Mwambu. Como Dios lo había creado de manera que pudiera hablar y ver, necesitaba alguien con quien pudiese hablar. En consecuencia Dios creó la primera mujer, llamada Sela, quien estaba destinada a ser la consorte de Mwambu”².

Este mito contiene dos intuiciones fundamentales; la una postula la necesidad del sujeto para la constitución del objeto, su correlato; es la misma que hizo exclamar a Zaratustra, después de diez años de meditación y soledad: “¡Oh tú Gran Astro! ¿Qué sería de tu dicha si te faltasen aquellos a quienes alumbras?”³; sabemos el papel esencial, indispensable del lenguaje en esta relación. La segunda intuición se refiere a la capacidad lingüística como condición previa a la comunicación humana; no surge aquélla de ésta sino que al contrario ésta es impuesta por aquélla. Significativamente, sólo dos atributos de Mwambu, el primer hombre, se mencionan: ver y hablar, *aísthesis* y *lógos*.

Iguales atributos se asignan al hombre en otro mito africano: “Habiendo puesto en orden el universo y creado, en el curso de sus viajes, la vegetación de los yermos, así como los animales, Mawu formó los primeros seres humanos con arcilla y agua... El hombre, creado de esta suerte, tenía que recibir la instrucción de los dioses. Cuando el orden de la creación se relaciona con la semana dahomeyana de cuatro días, se dice que el mundo fue puesto en orden y que el hombre fue formado el día *ajaxi*; al día siguiente, *mioxi*, la obra fue interrumpida, pero apareció Gu, quien había de ser el agente de la civilización. Al tercer día, *odokwi*, al hombre le fue dada la vista, el don de la palabra y el conocimiento del mundo exterior; y al último día, *zobodo*, le fueron dadas las habilidades técnicas”⁴. Obsérvese que la adquisición de las habilidades técnicas es posterior al don de la palabra.

Más complicados y de mayor elaboración, los relatos antropogónicos del Popol Vuh expresan intuiciones de sumo interés sobre el origen del lenguaje en la génesis del hombre: “... Entonces los dioses se juntaron otra vez y trataron acerca de la creación de nuevas gentes, las cuales serían de carne, hueso e inteligencia. Se dieron prisa para hacer esto porque todo debía estar concluido antes de que amaneciera. Por esta razón, cuando vieron que en el horizonte comenzaron a notarse vagas y tenues luces, dijeron: ‘Esta es la hora propicia para bendecir la comida de los seres que pronto poblarán estas regiones’. Y así lo hicieron. Bendijeron la comida que estaba regada en el regazo de aquellos parajes. Después dijeron oraciones cuya resonancia fue esparciéndose sobre la faz de lo creado como ráfaga de alhucema que llenó de buenos aromas el aire. No hubo ser visible que no recibiera su influjo. Este sentimiento fue como parte del origen de la carne del hombre...”⁵. El lenguaje se nos aparece como atributo de los dioses, anterior a la creación del hombre, con una resonancia capaz de influir sobre todas las cosas existentes y hasta de formar parte de la génesis de la carne del hombre, como instrumento y material antropogónico.

Después de esta singular bendición, cuando las mazorca de maíz morado y blanco estuvieron ya crecidas y maduras, “...los dioses labraron la naturaleza de dichos seres. Con la masa amarilla y la masa blanca formaron y moldearon la carne del tronco, de los brazos y de las piernas. Cuatro gentes de razón no más fueron primeramente creadas así. Luego que estuvieron hechos los cuerpos y quedaron completos y torneados sus miembros y dieron muestras de tener movimientos apropiados, se les requirió para que pensaran, hablaran, vieran, sintieran, caminaran y palparan lo que existía y se agitaba cerca de ellos. Pronto mostraron la inteligencia de que estaban dotados, porque, en efecto, como cosa natural que salió de sus espíritus, entendieron y supieron cuál era la realidad que los rodeaba.... Tuvieron poder para mirar lo que no había nacido ni era revelado. Dieron señales de que poseían sabiduría, la cual con sólo querer, la comunicaron al cogollo de las plantas, al tronco de los árboles, a la entraña de las piedras y a la hoguera enterrada en la oquedad de las montañas. Estos seres fueron Balam Quitzé, Balam Acab, Mahucutah e Iquí Balam⁶.

Con mayor plasticidad que el Génesis bíblico, el Popol Vuh nos presenta a los divinos alfareros trabajando para moldear y formar la parte física del hombre con masa de maíz, alimento fundamental de los indios y símbolo de todo alimento terrestre. Terminado el trabajo de alfarería, los dioses confieren al autómeta (las figuras podían moverse) atributos humanos: pensar, hablar, ver, sentir, caminar, palpar, es decir, *logos*, *aísthesis*, *praxis*, es decir, pensamiento y lenguaje, percepción sensorial, acción deliberada. Obsérvese el orden, primero *logos* (pensamiento y lenguaje), después lo demás, como si postulara la primacía del verbo, su carácter de condición previa para la posibilidad de toda manifestación humana. Además, la condición humana implica el poder de aproximarse cognoscitivamente a la realidad (*como cosa natural que salió de sus espíritus, entendieron y supieron cuál era la realidad que los rodeaba*), no sólo en lo que respecta al mundo sensible, sino también en lo que concierne al mundo inteligible, al aspecto de la realidad que sólo se descubre al intelecto (*tuvieron poder para mirar lo que no había nacido ni era revelado*). También está el hombre capacitado para intervenir en los órdenes de lo real y, desde su comprensión, de acuerdo con sus intereses, mediante su voluntad activa, organizar y cambiar para convertir en mundo suyo al universo cargándolo de valores afectivos, interpretándolo, transformándolo en sistema comprensible. Todo ello de manera espontánea, en virtud del querer natural (*Dieron señales de que poseían sabiduría, la cual con sólo querer, la comunicaron al cogollo de las plantas, al tronco de los árboles, a la entraña de las piedras y a la hoguera enterrada en la oquedad de las montañas*).

“Cuando los dioses presenciaron el nacimiento de estos seres llamaron al primero y le dijeron: ‘-Habla y dinos por ti y por los demás que te acompañan: ¿qué ideas tienes de los sentimientos que te animan? ¿Es bueno y airoso tu modo de andar? ¿Ejercitas con gracia tu mirada? ¿Es justo y claro el lenguaje que usas? ¿En toda ocasión lo recuerdas bien? ¿Entiendes lo que aquí se dice y se sugiere?...’ Al oír estas palabras los nuevos seres vieron que eran cabales sus sentidos y quisieron mostrar su agradecimiento. Para mostrarlo, Balam Quitzé habló, a nombre de los demás, de esta manera: ‘-Nos habéis dado la existencia; por ella sabemos lo que sabemos y somos lo que somos; *por ella hablamos* y caminamos y conocemos lo que está en nosotros y fuera de nosotros...’ ”⁷.

Esta mítica conversación con los dioses describe el surgimiento de la auto-observación y la reflexión, acompañadas de crítica en función de valores estéticos, éticos y lógicos, para culminar en una aceptación agradecida de la condición humana, en una lúcida conciliación con la propia existencia, en un gozoso ejercicio de la función cognoscitiva. La mención especial del lenguaje, en pie de igualdad con el ser, el saber y el actuar, nos sume en asombro ante la poderosa intuición de los creadores de este mito, quienes comprendieron y reconocieron tan admirablemente el puesto esencial y central del lenguaje en el mundo del hombre.

“Pero ha de saberse que los dioses no vieron con agrado las consideraciones que de su propio saber hicieron, con tanta franqueza, los nuevos seres. Por eso los dioses conversaron entre sí: ‘-Ellos comprenden - dijeron- lo que es grande y lo que es pequeño y saben la causa de esta diferencia. *Pensemos en las consecuencias que puede tener este hecho en el ejercicio de la vida.* La energía de esa lucidez ha de ser nociva... Es preciso limitar sus facultades. Así disminuirá su orgullo... Si los abandonamos y llegan a tener hijos, éstos, sin duda, percibirán más que sus abuelos y habrá un momento en que entiendan lo mismo que los propios dioses... Estamos a tiempo para evitar este peligro, que será fatal para el orden fecundo de la creación”⁸. Luego durmieron a los cuatro machos y crearon a las hembras; al despertar los machos y al verlas, “para distinguirlas les pusieron nombres apropiados, los cuales eran de mucho encanto. Cada nombre evocaba la imagen de la lluvia según las estaciones”⁹. Luego estos seres engendraron a otros “con quienes se empezó a poblar la tierra”¹⁰.

La reflexión excesiva practicada por un individuo cualquiera lo aleja necesariamente del hacer cotidiano. La división del trabajo permite que ese alejamiento de unos cuantos sea compensado por la labor de los otros; éstos pueden proteger a aquellos y satisfacer sus necesidades materiales. Pero la dedicación colectiva al ejercicio reflexivo, *la energía de esa lucidez*, es necesariamente perjudicial para *el ejercicio de la vida y fatal para el orden fecundo de la creación*. Por eso, las leyes económicas de la vida, *los dioses*, para garantizar el florecimiento y reproducción de la humanidad, ponen en juego otras fuerzas que inclinan hacia la generación, la familia, la vida social, el progreso, la inmersión en los quehaceres propios del hombre como ente entre los entes de su mundo. Estas fuerzas están simbolizadas en el mito por las hembras, cuyos nombres, de origen humano, evocan la imagen de la lluvia según las estaciones, de la lluvia que alude a las oportunidades que la naturaleza fecunda ofrece al esfuerzo creador del hombre para heredar la tierra, para no ser en ella un exilado, prisionero del cuerpo. Las comunidades demasiado interesadas en la reflexión, con desprecio del mundo exterior y sus tareas, han terminado en la miseria, en teorías de destierro fundamental del hombre y en ilusiones metafísicas.

Al acercarnos a este mito sin arrogancia cientificista, encontramos en él una Weltanschauung completa, coherente, profunda, sabia y hermosa con un lenguaje a la altura de su originaria función hermenéutica de la existencia.

Lévi-Strauss refiere un gracioso cuento terreno sobre el origen del lenguaje: “Cuando hubo sacado a los hombres de las entrañas de la tierra, el demiurgo Orekajuvakai quiso hacerlos hablar. Les ordenó ponerse en fila, uno tras otro, y llamó al lobito para que los hiciera reír, el lobo hizo toda clase de monerías, se mordió la cola, pero en vano. Entonces Orekajuvakai hizo venir al sapito rojo, quien divirtió a todo el mundo con su manera, cómica de caminar. La tercera vez que pasó a lo largo de la fila, los hombres comenzaron a hablar y a reír a carcajadas”¹¹.

El demiurgo Orekajuvakai no da por terminado al hombre mientras no lo haya hecho hablar, lo cual logra mediante una confrontación entre hombres y animales. Además de señalar la necesidad del lenguaje para la existencia del hombre como tal, este cuento terreno destaca un factor importante: la risa. Sabemos que la risa figura entre las expresiones características y exclusivas del hombre, y esta relación entre risa y lenguaje no es

arbitraria ni accidental. Según Plessner, la risa es genéticamente anterior al lenguaje¹² y según Alverdes prepara para la comprensión lingüística¹³. En el libro de Singh y Zingg sobre niños-lobos (Wolf-children), se cuentan hechos que acercan a la realidad las supuestas fantasías de Kipling en este punto; en ellos nos interesa señalar que los niños carentes de lenguaje por falta de contacto humano tampoco pueden reír¹⁴. En las formas apáticas de la oligofrenia, los pacientes, que no llegan al lenguaje, son incapaces de reír¹⁵.

En el poema cosmogónico y antropogónico de los guaraníes, el lenguaje es asunto de primerísima importancia nada menos que para el creador mismo: “El Creador, utilizando su vara insignia de la que hizo brotar llamas y tenue neblina, creó el lenguaje”¹⁶. En la siguiente oración, que es una enumeración casi exhaustiva de los aspectos principales de la cultura (lenguaje, organización social, arte y religión), describe al lenguaje como esencia de lo humano y asienta su primacía sobre las demás formas culturales: “Este lenguaje futura esencia del alma enviada a los hombres, participa de su divinidad, crea después el amor al prójimo y los himnos sagrados”¹⁷. Al constituir la esencia del alma y participar al mismo tiempo de la divinidad, el verbo es el mediador entre dios y los hombres; este hecho se ve reforzado por la creación de divinidades que le sirven de depositario: “Para formar un ser en el cual depositar el lenguaje, la divinidad, el amor y los cantos sagrados, crea a los cuatro dioses que no tienen ombligo y a sus respectivas consortes, que en el futuro enviarán a la tierra el alma de los hombres”¹⁸.

Más adelante reitera, con atención especial y exclusiva, el origen divino del lenguaje: “Habiéndose erguido, de la sabiduría contenida en su propia divinidad, y en virtud de su sabiduría creadora, creó nuestro Padre el fundamento del lenguaje humano, e hizo que formara parte de su propia divinidad”¹⁹.

En seguida afirma con singular énfasis que el verbo es anterior al mundo sensible y al conocimiento: “Antes de existir la tierra, en medio de las tinieblas primigenias, antes de tenerse conocimiento de las cosas, creó aquello que sería el fundamento del lenguaje humano e hizo el verdadero Primer Padre Ñamandu que formara parte de su propia divinidad”²⁰. Sabemos que el mundo sensible, tal como existe *para el hombre*, está mediatizado por el lenguaje, que el conocimiento tiene una estructura lingüística, contiene una interpretación de la experiencia y sostiene parámetros axiológicos que guían el juicio y la acción dentro de coordenadas proyectadas por la condición humana²¹. En este sentido es importante anotar que, en los mitos, no es infrecuente la concepción del caos primigenio como un estado prelingüístico de lo real; así por ejemplo, en el *Enuma elish*, grandiosa composición mítica aparecida en Mesopotamia hacia la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo, se describe el caos acuático anterior al orden cósmico como un período. “Cuando al cielo arriba no se le había puesto nombre, ni el nombre de la tierra firme abajo se había pensado... cuando ningún dios había aparecido ni había sido nombrado con nombre”²². Del caos surgen dos dioses y el mito dice de ellos: Lahmu y Lahamu aparecieron y fueron nombrados”²³.

El mito guaraní se refiere luego a la motivación y al propósito que presidieron la creación del hombre: “Habiendo creado, en su soledad, el fundamento del lenguaje humano; habiendo creado, en su soledad, una pequeña porción de amor; habiendo creado, en su soledad, un corto himno sagrado, reflexionó profundamente sobre a quién hacer partícipe del fundamento del lenguaje humano; sobre a quién hacer partícipe del pequeño amor; sobre a quién hacer partícipe de las series de palabras que componían el himno sagrado”²⁴. Es indudable que la necesidad de comunicación tanto en menesteres técnicos como en amor y religión, es causa del lenguaje; el hombre sólo puede vivir en comunidad portadora y creadora de cultura²⁵. Por eso, en el mito, la tensión estilística y semántica, creada por los párrafos que acabamos de citar, se libera del siguiente modo: “Habiendo reflexionado profundamente, de la sabiduría contenida en su propia divinidad, y en virtud de su sabiduría creadora, creó a los Ñamandu de corazón valeroso, los creó simultáneamente con el reflejo de su sabiduría (el sol)”²⁶. No otra es la intuición de Platón cuando afirma que el sol tiene en el mundo sensible puesto análogo al que ocupa, en el mundo inteligible, la idea del bien, fundamento del *logos*²⁷.

Después de la destrucción de la primera tierra (¿una civilización? ¿un tipo de cultura?) , “...inspiró a los verdaderos padres de las palabras almas el himno sagrado para que lo enviaran a la tierra”²⁸. Un himno sagrado, una inspiración unitaria sirve de fundamento a la vida de los nuevos hombres y mujeres. “...después de estas cosas, dijo a Jakaira Ru Ete: -Bien, tú vigilarás la fuente de la neblina que engendra las palabras inspiradas. Aquello que yo concebí en mi soledad, haz que lo vigilen tus hijos los Jakaira de corazón grande. En virtud de ello que se llamen Dueños de la neblina de las palabras inspiradas”²⁹. Esta definición del hombre no

es menos exacta que la griega³⁰ y sí más bella; el lenguaje es origen y actualidad de toda cultura, y el hombre su dueño, administrador y guardián.

Un prejuicio positivista, que encontró su primera y más célebre formulación en la “ley” de los tres estadios de Comte³¹, impidió, durante mucho tiempo, ver en el mito otra cosa que formas superadas de concebir y expresar la vida, manifestaciones ingenuas de una humanidad infantil. Un prejuicio teológico *-leider auch Theologie!*³² producto de siglos de incesante teodicea para hacer a la religión romana racionalmente aceptable, cerró casi por completo la posibilidad de comprender lo que *dios*, *divinidad* y *divino* significaban en el habla y la vida de los pueblos no occidentales. Un prejuicio psicoanalítico, más reciente que los otros y relacionado genéticamente con ellos, interpretó al mito como mensaje del subconsciente o inconsciente individual o colectivo, con sus temores ancestrales, instintos tanatofílicos, pasiones biológicas reprimidas y hasta enredos familiares. Un prejuicio cultural, alimentado por la arrogancia del poder que la superioridad técnica dio a Occidente en el mundo, menosprecia al mito como balbuceo incoherente de la mentalidad prelógica de pueblos “primitivos”.

Contra todos esos prejuicios, afirmamos un principio hermenéutico que puede formularse de la siguiente manera: los autores de los mitos no eran menos capaces de reflexión que los filósofos y científicos occidentales, ni la ejercieron con menor intensidad o resultados menos valederos; al contrario, alcanzaron niveles que la investigación europea apenas comienza a sospechar. Mientras se les mire desde afuera y desde arriba, condescendentemente, su verdadero valor permanecerá oculto. El método correcto consiste en profundizar e intensificar la propia reflexión central; cuando se llega al grado de lucidez que ellos lograron, el mito se hace transparente y se revela como creación poética de intención comunicativa, que utilizó los medios expresivos disponibles, medios diferentes de los nuestros porque diferentes eran sus circunstancias y diferente el estilo con que los manejó, medios eficientes porque establecieron ámbito de comunidad y vencieron la íntima alienación, llaga secreta de los adoradores del progreso y de la técnica. A esta comprensión puede seguir un intento de traducción, sólo que ésta no será accesible a los que no hayan reflexionado tan auténticamente como los autores de los mitos.

Es evidente que, para utilizar este principio hermenéutico y servirse de este método, es necesario respetar a los hombres que inventaron los mitos, sentir la participación común en la condición humana y cobrar consciencia de la igualdad y solidaridad ante el misterio. Esto es difícil para la mentalidad occidental, volcada en actitud instrumentalizante hacia el manejo pragmático del mundo.

Al escribir todo esto hemos pensado especialmente en los mitos cosmogónicos y antropogónicos y en el puesto que en ellos ocupa el origen del lenguaje. El muestreo mitológico que hemos sometido a examen nos entrega los siguientes resultados: El lenguaje es de origen divino (no es un invento, es un don), participó en la formación del hombre (sin lenguaje no hay hombre), participa en la constitución del mundo (las cosas comienzan a ser cuando son nombradas y su coherencia es la coherencia del sistema signico), está por lo menos en pie de igualdad con los demás rasgos específicos del hombre, existe independientemente del hombre pero éste es su guardián y administrador. El orden jerárquico es: a) divinidad, b) lenguaje, c) hombre en el mundo. El lenguaje es mediador entre hombre y dios, hombre y hombre, hombre y mundo porque es común a todos; el lenguaje es la garantía única de comunicación.

La contaminación que resulta de la interacción cultural hace que los mitos pierdan altura, profundidad y coherencia. Consideremos, en este sentido, el pintoresco cuento siguiente, que tiene origen mestizo y carácter sincrético; en él el lenguaje aparece como el rescate pagado por un diablejo, para salvar su vida y recobrar su libertad, a la mujer que lo atrapó con invencible magia e intención asesina: “Los hombres, en un principio, no hablaban: tenían su grito, al igual que los toros tenían el suyo; al igual que los leones, que las gallinas, que los pájaros. Una vez, una bruja alcanzó a ver, en el medio de su fuego, a un diablito pequeño; velozmente lo apretó con una gran piedra; apagó el fuego, cavó una fosa circular y la llenó de agua para que su enemigo no pudiera escapar. Chillaba el diablillo, amenazante; la vieja, sorda, afilaba la punta de un hueso para ensartarlo. Chillaba más el diablillo: la vieja le mostraba la punta que iba quedando fina como su dedo. Volvió a gritar y a amenazar el prisionero. La vieja le hizo cosquillas con la punta de su hueso, en la parte que sobresalía de la piedra. Así siguieron largo rato hasta que la mujer terminó su tarea. Siguió implacable bajo los insultos hasta que cayó la noche y recordó que su marido volvería, que debía cocinarle y que no tenía fuego. Miró al diablo de reojo y el diablo la miró a ella amenazante. Apurada y nerviosa, tomó su hueso y le hizo un tajo en el cuero a su enemigo. Como éste se vio perdido, le dijo que le hacía un trato: si ella lo liberaba le daría un don. La vieja

pidió una prueba: los chillidos del diablejo se convirtieron en palabras. La vieja oía asombrada. Luego ella misma empezó a hablar. Liberó a su cautivo y el pacto se mantuvo”³³.

Este delicioso cuento postula absurdamente la existencia de una sociedad humana ya organizada, con división del trabajo y adelanto técnico, pero sin lenguaje. La superficialidad de la intuición se pone de manifiesto cuando el cuento nos presenta a la vieja en diálogo con el diablejo antes de haber adquirido el don del lenguaje. Lejos estamos de la alta dignidad reflexiva que pone de manifiesto el Popol Vuh cuando, después de describir el caos inmóvil, silencioso y oscuro, afirma: “Entonces vino la Palabra”³⁴. Lejos estamos de la estela rota que se encuentra ahora en el Museo Británico, donde un Faraón, hacia el año 700 antes de Cristo, copió el antiguo mito de sus ancestros sobre el dios Ptah (pensamiento y lenguaje), quien concibió, creó y dirige a todos los dioses, hombres, animales y demás seres vivientes, quien con el pensamiento de su corazón y el mandato de su lengua dio origen a todo lo corpóreo y a todo lo psíquico y a todas las cualidades de las cosas y a su ordenamiento y armonía³⁵. Muy lejos, ciertamente, de aquel texto que recogió Preuss entre los indios Uitotos: “En el principio la Palabra dio origen al Padre”³⁶ texto que coincide y concuerda con los pasajes iniciales del Evangelio según San Juan³⁷.

Sin embargo, el cuento de la vieja bruja y el diablejo contiene la aporía circular en que termina la *intentio recta* de la ciencia al enfocar el problema del origen del lenguaje. El enfoque científico ocupa la segunda parte de este trabajo.

Notas

¹ Marc de Civrieux, *Leyendas Maquiritares*, Revista *Memoria* de la Sociedad de Ciencias Naturales de la Salle, N° 56, tomo XX, mayo-agosto, 1960, p. 118.

² Gunther Wagner, *Ideas cosmogónicas y cosmológicas de los Abaluyia de Kavirondo* en *Mundos Africanos*, por diversos autores según el capítulo, Introducción de D. Forde, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 65.

³ Federico Nietzsche. *Obras Completas*, en cinco tomos, Edit. Aguilar, Buenos Aires, 1961, traducción de Eduardo Ovejero y Maury, tomo III, p. 243.

⁴ V. Mercier, *Los Fon de Dahomey*, en *Mundos Africanos*, por diversos autores según el capítulo, Introducción de D. Forde, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p.326.

⁵ Ermilio Abreu Gómez, *Las Leyendas del Popol Vuh*, Colección Austral, 2ª ed., Buenos Aires, 1951, p.24.

⁶ Ermilio Abreu Gómez, op. Cit., p. 25.

⁷ *Ibíd.* P. 26. El subrayado es nuestro.

⁸ *Ibíd.*, pp. 26 y 27. El subrayado es nuestro.

⁹ *Ibíd.*, p. 27.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Claude Lévi-Strauss, *Le Cru et le Cuit*, Edit. Plon, París, 1961, p. 131. (T. del A.). A este respecto véase también *Lendas dos indios Tereno*, RMP, n. S., vol. 4, 1950, p. 219.

¹² H Plessner, *Lachen und Weinen*, 2da, ed., 1950.

¹³ F. Alverdes, *Die Tierpsychologie in ihren Beziehungen zur Psychologie der Menschen*, 1932, página 70.

¹⁴ Apud F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, Enke Verlag, Stuttgart, 1960, 2º t., p. 146.

¹⁵ F. Kainz, op. cit., pp. 586-587.

¹⁶ León Cadogan, *La Literatura de los Guaraníes*, Introducción de López Austin, Edit. Joaquín Mortiz, México, 1965, p. 53.

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ *Ibíd.*, p. 54.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ Cfr. J. M. Briceño Guerrero, *América Latina en el Mundo*, Edit. Arte, Caracas, 1966, pp. 63-106.

²² Thorkild Jacobsen, *Mesopotamia: The Cosmos as a State*, en *Before Philosophy*, libro por diversos autores según los capítulos, Pelican Books, Londres, 1954, p. 184. El nombre del mito, *Enuma Elish*, consiste en las dos primeras palabras de la narración: *Cuando arriba*.

²³ *Ibíd.*, p. 185.

²⁴ León Cadogan, op. cit., p. 55.

²⁵ Ibíd.

²⁶ Ibíd., p. 56.

²⁷ Platón, *La República*, 509 b y d.

²⁸ León Cadogan, op. cit., pp. 57-58.

²⁹ Ibíd., pp. 61-62.

³⁰ Ζ)won lo/gon exov = ente que tiene logos.

³¹ Isidore-Auguste-Marie-Fran ois-Xavier Comte. *Discurso sobre el Espíritu Positivo*, trad. de Consuelo Borges, 5ª ed., ed., Aguilar, Buenos Aires, 1965, pp. 41-89.

³² Johann Wolfgang Goethe, *Faust*, I, Monólogo inicial.

³³ El segundo de una serie de cuentos sobre el origen del lenguaje, recogidos por la escritora argentina Alba Omil en la provincia de Santiago del Estero, Departamento Pellegrini, República Argentina. Trabajo Inédito.

³⁴ *Popol Vuh* o *Libro del Consejo de los Indios Quichés*, versión francesa de Georges Raynaud, traducida al español por Miguel Ángel Asturias y J. M. González de Mendoza, Edit. Losada, S. A. Buenos Aires, 1965, pp. 12-13.

³⁵ John A. Wilson, *Egipto* en *El Pensamiento Prefilosófico I. Egipto y Mesopotamia*, por varios autores, según los capítulos, traducción de Eli de Gortari, Edit. Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., en español, México, 1958, pp. 79-87. Escribe Wilson: “En síntesis, podemos decir que los egipcios tenían conciencia de sí mismos y de su universo; y habían formulado un cosmos de acuerdo con sus propias observaciones y experiencias... Su mayor interés consiste en su primitivo intento de vincular la creación con los procesos del pensamiento y del lenguaje y no con una simple actividad física”. Ibíd., pp. 86-87.

³⁶ Preuss, *Religión und Mythologie der Uitoto*, I 25 y ss., II 659. Apud Ernst Cassirer, *Mito y Lenguaje*, traducido del alemán por Carmen Blazer, Ediciones Galatea-Nueva Visión S.R.L., Buenos Aires, 1969, p. 54.

³⁷ Juan I, 1-3: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas: y sin Él, nada de lo que es hecho, fue hecho”.

Tratamiento científico del tema

El lugar sistemático de la investigación científica sobre el origen del lenguaje es la teoría de la evolución. Conviene, pues, trazar a grandes rasgos los perfiles del horizonte que sirve de fondo y referencia ubicatoria al contenido de este capítulo.

El término *evolución* sirve para designar la derivación natural de formas complejas de vida a partir de formas simples y elementales mediante progresivas variaciones, más o menos profundas, en el curso de las eras geológicas. En virtud de la fijación de esas variaciones en el patrimonio genético, los individuos de una especie determinada se diferencian de sus progenitores y constituyen una nueva especie, cuyos representantes, siguiendo el mismo proceso, pueden generar, a su vez, otra especie. Transformándose de esa manera, los vegetales y animales dan lugar a series filéticas en las cuales cada especie es un estadio de la evolución del linaje a que pertenece. En su ontogénesis, los animales superiores recapitulan la filogénesis y en su forma adulta conservan indicios de caracteres y órganos rudimentarios propios de niveles orgánicos inferiores.

Numerosos hechos comprobados por ciencias diversas encuentran explicación unitaria si se acepta la evolución de las especies animales y vegetales; pero dificultades de orden metodológico, agravadas por la divergencia conceptual acerca de los factores que producen y fijan las variaciones individuales¹, de acuerdo con la diferente interpretación que cada pensador hace de los mismos hechos, han llevado a polémicas y sutiles controversias que ninguna *instantia crucis* ha dirimido aún. El evolucionismo, en consecuencia, ofrece las formas más diversas. Ya en los fragmentos de Anaximandro, Jenófanes y Empédocles se encuentran incoantes concepciones evolucionistas, y algunos consideran a San Agustín precursor del evolucionismo; pero el primer naturalista que formuló una teoría completa de la evolución fue Athanasius Kircher (1602-1680) quien postuló un número limitado de especies divinamente creadas y explicó su diversificación y multiplicación por el efecto combinatorio (Kircher era lullista) de cuatro causas, "*exhoc quadruplici causarum complexu animalium numerus quasi in infinitum est actus*"², lo cual en el sentido moderno del término, equivale a un verdadero evolucionismo poli-filético. Conceptos evolucionistas se encuentran también en F. Bacon, G. C. Vanini, Leibniz, y en muchos pensadores del siglo XVIII francés, tales como B. de Maillet, P. L. de Maupertuis, D. Diderot y C. Bornet, pero especialmente en Jean-Baptiste-Pierre Antoine de Monet de Lamarck (1744-1829), fundador del evolucionismo moderno.

Para los fines de este lienzo de fondo baste enumerar diez de las formas que ha adoptado el evolucionismo a partir de Lamarck y algunos nombres de científicos y pensadores que con su trabajo han contribuido a diversificar y profundizar la cuestión: Lamarckismo; neo-Lamarckismo con Eimer Hyatt, Cope y muchos biólogos franceses; darwinismo; neo-darwinismo con Wallace y Weismann; mutacionismo, bajo la influencia del concepto weismanniano, de ideoplasma y las observaciones del botánico holandés De Vries; teoría sintética, que intenta conciliar mutacionismo y darwinismo para resolver las dificultades de ambos y fue aplicada por G. G. Simpson a los datos de la paleontología; evolucionismo ecléctico con Osborn y A. C. Blanc hologénesis con D. Rosa quien fundamenta su concepción en la de Karl von Naegeli; evolucionismo finalista, que varía según el sistema filosófico que le sirve de fundamento, con Claude Bernard, Schopenhauer, Cournot, Driesch, Rignano, Brachet, von Uexcküll, Bergson, Teilhard de Chardin, Sertillanges, Lecomte de Noüy, Leonardi...; evolucionismo teísta que intenta desesperadamente conciliar el concepto de evolución con la filosofía aristotélico-tomista.

La vulnerabilidad de esta teoría, sus bifurcaciones, oscilaciones y aberraciones no dicen contra su valor; una teoría es valiosa cuando ofrece una explicación provisional de los hechos que caen bajo su campo de acción, al mismo tiempo que permite comprobación o refutación experimental; su coherencia lógica proporciona el marco sistemático para el ordenamiento de los conocimientos ya adquiridos; su aplicación a comarcas de la realidad accesibles con los recursos heurísticos de la metodología científica le confiere poder expansivo en el aumento del conocimiento. Ese es el caso de la teoría de la evolución: pocas han sido tan fecundas, pocas han dado tan grande impulso a la investigación en las ciencias más dispares, sobre todo después de que Herbert Spencer (1866-1903) la generalizó para aplicarla a la psicología, la sociología y la ética, y abrió así las puertas a interpretaciones evolucionistas del universo todo.

Como es natural, la especie humana, según los evolucionistas, se desarrolló a partir de especies inferiores, y a ninguno de ellos escapó la importancia del lenguaje y la necesidad de explicar su aparición. Charles Robert Darwin (1809-1882) escribe: “Con razón se ha considerado esta facultad como una de las principales distinciones entre el hombre y los animales”³; luego hace concesiones al arzobispo Whately quien afirma con uso impropio del término *lenguaje*: “No es el hombre el único animal que se sirve del lenguaje para expresar lo que pasa en su espíritu (sic), y que pueda comprender más o menos lo que otro expresa”⁴; siguiendo la corriente al arzobispo, pone ejemplos de “lenguaje” animal: se refiere a los tonos distintos de los ladridos del perro domesticado, tono de impaciencia, tono de cólera, tono de gozo, tono de súplica..., pero termina por reconocer que el “lenguaje articulado” es privilegio del hombre⁵.

Darwin compara los sonidos de los cantos de las aves con el lenguaje humano y concluye, con Dainos Barrington a quien cita, en que esos sonidos no son más innatos en las aves que el lenguaje en el hombre, pues, según Darwin “sus primeros ensayos de canto pueden compararse a las imperfectas tentativas que constituyen el balbuceamiento del niño”⁶; pero comprende la insuficiencia de esa explicación y, apoyándose en los trabajos de Hensleigh, Wedwood, Farrar, Schleicher y Max Müller, formula su propia tesis sobre el origen del lenguaje articulado: “...no me cabe duda que el lenguaje debe su origen a la imitación y a la modificación, ayudada con signos y gestos, de distintos sonidos naturales, de las voces de otros animales y de los gritos instintivos del hombre mismo”⁷.

Para robustecer su tesis, aduce la alta probabilidad de que gritos musicales de origen instintivo fueran imitados por el hombre mediante sonidos articulados, palabras, con el objeto de expresar emociones. Imagina un antiguo progenitor del hombre que, a semejanza de un mono del género de los gibones, usó copiosamente la voz para emitir cadencias musicales, las cuales, al progresar la evolución, se transformaron en signos: “Podemos deducir de analogías, generalmente muy extendidas, que esta facultad ha sido ejercida especialmente en la época de la reproducción, para expresar las distintas emociones del amor, los celos, el triunfo y el reto a los rivales. La imitación de gritos musicales por sonidos articulados ha podido ser el origen de palabras traduciendo diversas emociones complejas”⁸.

Advierte, además, que las formas más próximas al hombre –entre las cuales incluye a los monos, los idiotas, los microcéfalos y las razas bárbaras de la humanidad!!!– manifiestan una fuerte tendencia a imitar cuanto llega a su oído. “Comprendiendo a buen seguro los monos gran parte de lo que el hombre les dice, y, en estado de naturaleza, pudiendo lanzar gritos que señalen un peligro a sus camaradas, no me parece increíble que algún animal simiano, más sabio, haya tenido la idea (sic) de imitar los aullidos de un animal feroz para advertir a sus semejantes precisando el género de peligro que los amenazaba. En un hecho de esta naturaleza, habría un primer paso hacia la formación del lenguaje”⁹.

Sagaz pensador, Darwin comprendió que la imitación articulada de sonidos naturales, voces de otros animales y gritos instintivos propios con intencionalidad semántica suponía la existencia en el hombre de un nuevo tipo de inteligencia, capaz de manejar símbolos, cualitativamente diferente de la inteligencia subhumana; por eso, con encantadora ingenuidad, califica de *más sabio* al hipotético mono que tuvo la idea de imitar animales feroces para alertar a sus congéneres; pero sabe que no ha resuelto el problema con la postulación de un mono sabio *ex machina*: “El que los monos superiores no se sirvan de sus órganos vocales para hablar, depende, sin duda, de que su inteligencia no está suficientemente adelantada. Un hecho semejante se observa en muchas aves que, aunque dotadas de órganos propios para el canto, no cantan jamás”¹⁰. Falta, pues, por explicar el aumento de inteligencia que convierte el grito en palabra articulada.

Valga una digresión para tomar aliento, pues llegamos al punto crítico de la tesis darwiniana: el que los monos superiores no se sirvan de sus órganos vocales para hablar dio tema a Lugones para un cuento magistral, *Yzur*, donde sostiene literariamente que los cuadrumanos poseían lenguaje, pero al ser vencidos, oprimidos y esclavizados por el hombre, decidieron, en un “acto de dignidad mortal”, “romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad”, de modo que milenario mutismo de los antropoides no es sino “tradicón petrificada en instinto”¹¹.

Confrontado, pues, con la necesidad de explicar el aumento de inteligencia que posibilita la construcción y el manejo de símbolos, Darwin recurre al efecto posible del uso de los órganos vocales sobre el desarrollo del cerebro y, consecuentemente, de la inteligencia; insiste en la importante conexión que liga “el uso continuo del lenguaje y el desarrollo del cerebro”¹²; pero Darwin no era un vulgar ideólogo cientificista: estaba más

interesado en comprender que en convencer; por eso se dio cuenta de que el influjo del lenguaje en el perfeccionamiento de una *facultas signatrix* supone la existencia de ésta: “Las aptitudes mentales han debido estar más desarrolladas en el primitivo progenitor del hombre que en ningún mono de los hoy existentes, aun antes de estar en uso ninguna forma del lenguaje, por imperfecta que se la suponga”¹³; vuelve así al mono sabio *ex machina*, de modo que incurre lamentablemente en una *petitio principii* al postular lo que quería explicar. El curso posterior de su pensamiento se fundamentó en un supuesto no justificado dentro del marco evolucionista: “...podemos admitir con seguridad que el uso continuo y el perfeccionamiento de esta facultad, han debido obrar a su vez en la inteligencia, permitiéndole y facilitándole el enlace de una serie más extensa de ideas”¹⁴. Podemos admitir, claro está, que una potencia semántica –la inteligencia teórica– explica el uso del “lenguaje articulado” y, también, que el uso continuo del lenguaje amplía y perfecciona la inteligencia; pero debió explicarnos primero cómo surge esa potencia semántica, tan diferente cualitativamente de las formas subhumanas de relación entre el individuo y su mundo.

El tono de Darwin, sin embargo no es dogmático; su poderosa intuición explora las dificultades del problema, subraya hechos, encuentra relaciones, sugiere soluciones posibles. Muchas de sus observaciones y aun sus errores han sido tema de fecundas investigaciones. Tomó conciencia de las interrogantes que plantea la relación entre el pensamiento y el lenguaje; para él, el pensamiento, el cálculo, las ideas ordinarias necesitan palabras o alguna otra forma de lenguaje, pues “... se ha observado que Laura Bridgman, joven sordo-muda y ciega, en sus sueños hacía signos con los dedos”¹⁵, pero, aduciendo un ejemplo no menos dudoso y encantador, reconoce que “una larga sucesión de ideas vivas y mutuamente dependientes puede, a pesar de lo dicho, atravesar el espíritu sin el concurso de ninguna especie de lenguaje, hecho que podemos inferir de los prolongados ensueños que se observan en los perros”¹⁶. Tampoco escapó a su consideración algo que se ha convertido en filón opimo de la investigación científica: los trastornos patológicos del lenguaje: “Las íntimas conexiones entre el cerebro y la facultad del lenguaje, tal como está desarrollada en el hombre, resaltan claramente de esas curiosas afecciones cerebrales que atacan especialmente la articulación, y en las que desaparece el poder de recordar los sustantivos, mientras subsiste intacta la memoria de otros nombres”¹⁷.

Darwin supo que las lenguas de pueblos “bárbaros” no son en modo alguno simples y no confirman, por tanto, en este punto, la tesis evolucionista de que las formas complejas se derivan de formas más elementales; pero rechazó toda interpretación creacionista de tal fenómeno: “...la construcción compleja de gran número de lenguas bárbaras no constituye en ningún modo una prueba de que sea debido su origen a un acto especial de creación”¹⁸.

Si le faltaron argumentos, le sobró fe en el poder de la ciencia para confirmar su teoría: “Tampoco la facultad del lenguaje articulado es una objeción irrefutable a la creencia de que el hombre se haya desarrollado de una forma inferior”¹⁹. La ciencia no lo ha defraudado del todo, pero no pudo, ni podrá seguirlo, debido a limitaciones metodológicas, en una invasión ilícita y absurda a las vertientes del problema que sólo se abren ante la reflexión trascendental, cuya aporía le fue ajena²⁰.

Esta consideración de la teoría de Darwin sobre el origen del lenguaje ha servido para lograr un contacto inicial con algunos aspectos del tema; sea éste ahora estudiado con detenimiento.

Guíe tal cometido el modelo usado por Alberto Merani en su *Psicología Genética*. Según Merani, la característica neurológica primordial que distingue al hombre de las especies animales que lo preceden en su linaje filético, reside en el neopallium y se pone de manifiesto en tres rasgos principales: a) desarrollo progresivo de las áreas corticales especializadas que transforman las impresiones exteroceptivas en audición, vista y tacto con detrimento del olfato y su concomitante el gusto; b) desarrollo cada vez más acentuado de las áreas corticales motrices, de manera que los movimientos pueden ser más complejos y regulados con mayor precisión; c) amplísimo desarrollo de la región anterior del cerebro, del área prefrontal particularmente rica en fibras asociativas²¹.

¿Qué tiene que ver este triple desarrollo con el origen del lenguaje? Merani señala que los monos antropomorfos se caracterizan por pequeña altura del cráneo, inclinación acusada del eje de la región temporal, comisura interhemisférica amplia, área occipital saliente, estructura borrosa de la cisura temporal media, y que semejante constitución no permite el desarrollo del cerebro en las regiones parietal, temporal, y frontal, relacionadas con la función del habla y con el proceso de pensar²². No así los homínidos; éstos se distinguen

por la estación erecta y la adecuación de la mano al uso instrumental, con la oposición del pulgar y los delicados mecanismos de ajuste que de ello derivan. La marcha bípeda se ve facilitada por el hecho de que la columna vertebral se encuentra debajo y no en la parte posterior del cráneo, de modo que el eje de la cabeza presenta una oblicuidad no lejana de la vertical y es vertical en el *homo sapiens*; la cabeza queda así casi en equilibrio sobre la columna vertebral y, por lo tanto, la fuerza de las acciones musculares, necesaria para mantenerla en posición, es considerablemente menor; esto trae como consecuencia que la musculatura cervical –tan desarrollada en los cuadrúpedos para sostener la cabeza– se debilita y disminuya en el hombre, deje de comprimir las caras superior y lateral del cráneo y permita el crecimiento de éste en todo sentido. Por otra parte, los ligamentos y articulaciones de los miembros posteriores pierden en el hombre la flexibilidad que tuvieron en sus antecesores arborícolas, pero ganan solidez y estabilidad para el mantenimiento en tierra firme, de tal manera que las manos quedan liberadas de la función de sostén y se convierten en instrumento de prensión exclusivamente, al convertirse en tales, liberan la boca de funciones prensiles; los músculos elevadores de las mandíbulas, al ser liberados de parte de su trabajo, se debilitan, disminuyen las tracciones que ejercen sobre la parte anterior del cráneo, donde se insertan, y permiten así que éste crezca en altura y permita a su vez el crecimiento del cerebro, especialmente en los lóbulos frontales²³.

Todo esto posibilita la formación de centros corticales relacionados con el habla y amplía el campo de acción del aparato fónico periférico; recuérdese que los monos no tienen zona de Broca y que en ellos el velo del paladar está muy cerca de la abertura de la laringe disminuyendo la resonancia bucal²⁴.

Lo dicho hasta aquí se refiere a las premisas biológicas que hicieron posible la aparición del lenguaje; falta señalar las causas eficientes de su génesis. Merani las busca y las encuentra en el nuevo modo de vida de los homínidos: “...el origen del lenguaje es social y paralelo al origen del pensamiento abstracto”²⁵.

El repertorio fónico de los homínidos primitivos, aunque mayor y más diferenciado que los sonidos difusos de los antropoides, se reducía a interjecciones y onomatopeyas. Pero, “...el sonido, sea interjección u onomatopeya, carece de valor representativo y de significación concreta, representando una consecuencia secundaria del estado orgánico que acompaña a la *praxis* o la *gnosis*, con lo que adquiere valor de expresión de las emociones”²⁶, y, como apunta Rabaud categóricamente, “...expresar una emoción no es un medio de comunicación. El ruido que hace un individuo, o su agitación, puede excitar a otros y propagarse... Esto no es lenguaje”²⁷. El lenguaje propiamente dicho implica el uso deliberado de símbolos; el mono *más sabio* de Darwin²⁸ que alerta a sus congéneres no posee lenguaje.

“El sonido que produce el chimpancé frente a un peligro es una consecuencia de su actitud orgánica, que, a través de un reflejo incondicionado, despierta en el compañero idéntica actividad biológica del organismo, preparándolo por vía indirecta para la defensa. Los sonidos animales, premisa psicogenética de los estadios iniciales del lenguaje humano, no constituyen un lenguaje ni por su función ni por su estructura”²⁹, pues, aunque tanto los sonidos fónicos de los animales como el lenguaje humano “...sirven para crear una relación entre el individuo y el medio que lo rodea”, los separa “...el abismo de la manera de establecer la relación”³⁰.

¿Cómo se produce entonces, ¡por Darwin!, el salto sobre ese abismo? ¿Cómo se convierte el sonido, de medio de expresión espontánea de las emociones, en instrumento para designar intencionadamente los objetos, en lenguaje? La marcha bípeda y erecta sobre tierra firme, el empleo de la mano prensil. (con esa tan admirable oposición del pulgar), el desarrollo neurocitoarquitectónico condujeron a una nueva forma de contacto social basada en la colaboración para el trabajo, un trabajo sin precedentes caracterizado por el uso de instrumentos. La coordinación de la *praxis* impuso la necesidad de multiplicar y diversificar los recursos fónicos para indicar el comienzo o el fin de un esfuerzo conjunto, para señalar la distribución de los papeles en una tarea compleja, para incitar a la participación y luego aumentar o disminuir su intensidad, para graduar los ritmos. En las condiciones del nuevo modo de vida y dado el desarrollo neurocitoarquitectónico las interjecciones y onomatopeyas dejaron de ser tales y fueron reproducidas deliberadamente, no ya como efecto secundario de estados orgánicos emotivos, sino como signos, pues la repetición había creado ya un nexo asociativo entre su emisión y el objeto o acontecimiento que la provocaba.

Psicobiológicamente, el proceso de la formación del lenguaje se explica como resultado de ligar en el cerebro un determinado sonido, que el individuo oyó o provocó durante la *praxis*, con el movimiento muscular de los órganos de la fonación; la imagen del objeto o cambio que provocó la reacción fónica, y el resultado de las consecuencias de la acción identificado con el sonido emitido³¹.

Así, desde el día en que un antropoide (¿más sabio?) “conservó el instrumento” y “con gruñidos de mayores matices llegó a comunicarse de manera más precisa con sus compañeros, la banda de simios perfeccionó poco a poco ese instrumento, modificó sus relaciones con el medio, creó una técnica rudimentaria, conceptos más abstractos y un lenguaje más rico, el grupo estuvo en los comienzos de la marcha que llevó a la sociedad actual”³².

Pasando por alto, con buena voluntad, lo enrevesado de estas últimas frases y su dudosa sintaxis, no deja de sorprendernos que se atribuya a una banda de simios el perfeccionamiento de un instrumento, sobre todo cuando ya estábamos convencidos de que eran los homínidos quienes habían alcanzado ese logro; pero interpretamos que el autor los confunde intencionalmente, de manera metonímica, para hacer énfasis sobre la identidad del linaje evolutivo.

Según Delacroix -y es improbable que alguien ponga en tela de juicio su casi perogrullesca afirmación- “La adquisición del lenguaje reposa sobre una serie de operaciones mentales más complejas que las que regulan la comprensión de las situaciones elementales y la manipulación de los objetos”³³. Pero el modelo que estamos considerando contempla esa dificultad, pues explica la creciente complejidad y la progresiva especialización de las operaciones centrales y periféricas relacionadas con el lenguaje en base, por una parte, a las premisas biológicas ya descritas, y, por la otra, al trabajo social. Por ejemplo, las múltiples y veloces operaciones de análisis y de síntesis que efectúan aun en el más trivial intercambio lingüístico, nuestros aparatos auditivo y fónico-motor, son el producto de un lento y largo proceso en el cual la praxis corrigió los errores, orientó los ensayos, y el éxito en la interacción social, en la coordinación de los esfuerzos, confirmó y fijó los aciertos. Visto así, el lenguaje es la máxima conquista de la sociedad humana, lograda heroicamente en milenaria epopeya, epopeya en el sentido literal del término, contra la oscuridad pre-racional del instinto. Esta conquista social amplió los límites de la condición biológica del hombre desarrollando las posibilidades en ella latentes y desplazó el eje de la evolución hacia la dimensión de la cultura que tiene en el lenguaje su lugar y sus vehículos. Con relación al aspecto auditivo de semejante conquista, dice Delacroix: “La audición humana es un sentido intelectual y social superpuesto a la audición en bruto. La mayor parte del oído es para el hombre el sentido de las relaciones lingüísticas. Y es por ello que el oído refleja tan fácilmente los delirios de relación... El oído humano es obra humana: una conquista del hombre como lo prueban la música y la creación de un universo de sonidos; prueba tan decisiva como lo es la matemática en favor de la razón”³⁴.

El proceso de adquisición del lenguaje fue auxiliado por la herencia biológica, de manera que los logros de una generación no morían con ella. Sin embargo, debe quedar claro que los idiomas que hablamos no forman parte de la herencia biológica; han de ser aprendidos, forman parte de la herencia cultural: “El niño no habla espontáneamente como camina por imperio de la sinergia neuromuscular; aprende a hablar”³⁵, pues “...hablar es haber llegado a un grado determinado de maduración neurológica y de *integración social* capaz de permitir la praxis y la *comunicación abstracta* de la misma”³⁶. Lo que se hereda biológicamente es un conjunto de características anatómicas y fisiológicas que facilitan la adquisición y el uso del lenguaje; baste un ejemplo: la movilidad suficiente del cartílago aritenoides de la laringe, que ni siquiera los primates presentan³⁷. También auxilia la herencia psíquica, transmisora de funciones posibles adquiridas que se desarrollan al encontrar un medio con estímulos apropiados, en nuestro caso el medio social³⁸.

Alves García refuerza el modelo explicativo del origen cuando afirma en tono clásicamente evolucionista: “La vida ontogenética reproduce el desenvolvimiento filogenético del lenguaje”³⁹. En su adquisición, individual del lenguaje, el niño vuelve a recorrer, en forma abreviada, las etapas del largo camino que su especie recorrió en milenios: gritos y sonidos difusos al principio, luego interjecciones, después onomatopeyas, al fin palabras articuladas, diálogo, discurso racional. “El grito del infante -que todavía no habla- es un reflejo respiratorio que expresa necesidades y emociones. En seguida el niño aprende a utilizar el grito para solicitar algo o defenderse... A la balbucencia como puro ejercicio motor, vocal, semejante a los demás movimientos lúdicos, siguen a los dos meses de edad los primeros fonemas indicadores de necesidades y estados afectivos... La visión y la audición guían entonces la imitación de sonidos y gestos... El lenguaje infantil es al principio interjectivo, en seguida imitativo u onomatopéyico. Hacia el décimo cuarto mes el niño comienza a emitir palabras imitadas e imperfectas que traducen preferencias, deseos o apetitos”⁴⁰. Después de una superposición o fusión conceptual de carácter sincrético, sigue un acrecentamiento analítico del vocabulario en la fase de los intereses glósicos⁴¹. Merani presenta la sucesión de estructuras en el niño en el siguiente orden: inteligencia práctica, conocimiento del lenguaje; este último en las siguientes etapas: afectiva (expresión de agrado, desagrado o

necesidad), sintética, abstracta, función instrumental de la inteligencia, con un desarrollo paralelo al de la motricidad⁴². La conducta lingüística del niño es una versión estenográfica de la adquisición filogenética del lenguaje.

Terminemos la descripción del modelo explicativo utilizado por Merani con su formulación mínima: la posición erecta y la marcha bípeda del homínido, junto con el consecuente desarrollo instrumental de la mano y el aumento de la capacidad craneana, liberada la cabeza sobre el eje vertical del cuerpo de la presión de poderosas inserciones musculares, le abrieron una nueva forma de vida en sociedad, caracterizada por el uso de instrumentos. La nueva forma de vida en sociedad impuso necesidades que, gracias a las premisas biológicas favorables, condujeron a la creación paulatina del lenguaje bajo la verificación y el control continuos de la praxis⁴³.

Al utilizar este modelo explicativo, Merani no se embriaga con la creencia de haber resuelto definitivamente el problema del origen del lenguaje; su entrenamiento científico lo aleja de todo dogmatismo; por eso reconoce con sobria prudencia: “Sin duda biólogos, antropólogos, sociólogos y psicólogos carecen de documentos sobre ese estadio primitivo del hombre, pero, a la luz de la reconstrucción a base de lo demostrado hasta hoy, es la hipótesis más plausible”⁴⁴.

La hipótesis más plausible. Una leve duda nos impide participar de todo corazón en el aplauso: la nueva forma de vida en sociedad ¿no presupone ya la existencia del lenguaje? ¿Puede concebirse una sociedad humana, por más primitiva que sea, sin lenguaje? La vida en sociedad y la praxis explican el desarrollo del lenguaje y de la inteligencia abstracta y su fecunda interacción, pero ¿explican también el paso del síntoma al símbolo, del sonido espontáneo a la palabra articulada, de la expresión de emociones a la intencionalidad semántica? Nuestra leve duda se convierte en confusión cuando nos encontramos con esta palmaria declaración del propio Merani: “*El lenguaje, que manifiesta un desarrollo paralelo al de la motricidad y que presenta los mismos caracteres evolutivos de necesidad y de ejercicio, crea un tipo netamente singular de medio ambiente: la comunidad humana o sociedad*”⁴⁵. ¿Qué? ¿El origen de la sociedad es lingüístico? ¿No habíamos quedado en que el origen del lenguaje es social?”⁴⁶ El lenguaje sólo puede surgir en un tipo netamente singular de medio ambiente: la comunidad humana o sociedad; pero al mismo tiempo es el lenguaje quien crea ese tipo netamente singular de medio ambiente: La comunidad humana o sociedad. ¿Qué sutil dialéctica podemos invocar para salir de esta contradicción? ¿Se nos exige acaso el *sacrificium intellectus*? No cabe duda: Merani también sucumbió a las acechanzas del mismo círculo vicioso en cuya circunferencia el pensamiento de Darwin se mordió la cola⁴⁷.

Mutatis mutandis, el modelo usado por Merani es en esencia el mismo de Darwin y el mismo también que ha orientado hasta ahora toda la investigación científica sobre el origen del lenguaje. Uno de sus puntos más rémulamente frágiles está ubicado precisamente en la articulación clave de su estructura: en la concepción de que el lenguaje se formó, por decirlo así, a retazos, por acumulación de logros parciales, como costura apresurada de girones semánticos azarosamente arrebatados por el homínido, en su *struggle for life*, a la tiniebla del sonido animal. Semejante concepción sobre la formación del lenguaje tiene su origen, por una parte, en la compulsión sistemática de toda teoría con sus tendencias procústicas y supersimplificantes que disimulan la complejidad de la realidad estudiada para conservar la coherencia, intelectualmente cómoda, del esquema explicativo ya formulado; pero, por otra parte y sobre todo, en la falta de *reflexión segunda*, característica del enfoque rectilíneo de la ciencia, el cual, si bien cumple su cometido dentro del campo que le corresponde, deviene aberrante cuando transgrede sus límites al abocarse a los problemas metacientíficos del origen, los fines y los fundamentos.

Veamos el problema más de cerca, primero, capitulando y describiendo cuidadosamente las invariantes glotogónicas; segundo, recordando las notas esenciales del lenguaje humano; tercero, analizando los ensayos de explicación de la génesis lingüística.

Kainz llama invariantes glotogónicas a los más generales principios constructivos observables o inferibles, siempre presentes en el surgimiento del lenguaje, hasta donde tal fenómeno se deja aprehender, y de los cuales puede suponerse que también participaron en la creación inicial del lenguaje⁴⁸. Aclaramos que la expresión “hasta donde tal fenómeno se deja aprehender” alude a la adquisición del lenguaje por parte del niño, a las manifestaciones fónicas de los antropoides, a la creación de palabras basada en una interpretación simbólica de vocales y consonantes, a la estratificación genética que los estudios de patología del lenguaje permiten suponer, y las relaciones psicofísicas que la fonética, la psicofisiología del lenguaje y la lingüística comparada han puesto en evidencia.

Según Kainz el lenguaje surge, por una parte, de compulsiones expresivas (*Ausdruckszwänge*) y, por la otra, de tendencias instintivas hacia la producción de impresiones en los demás (*Eindruckswirkung*). Estos dos grupos de causas dan lugar a dos invariantes glotogónicas, la expresiva y la impresiva. La primera abarca todos los chillidos, exclamaciones, alaridos y demás formas de grito que acompañan los estados de intensa agitación emotiva, así como las emisiones fónicas de carácter lúdico que se producen en situaciones de seguridad y comodidad. La segunda comprende todo sonido vocal que tienda a influir sobre la actitud de los otros y contenga en sí los medios de cambiarla y dirigirla. La primera es endógena porque resulta espontáneamente de la constitución individual; la segunda es exógena en la medida en que sus productos fónicos se sirven de modelos naturales aunque no se trate de una imitación intencional y deliberada. No se encuentran en el mismo estrato genético: la primera es refleja, la segunda instintiva⁴⁹.

Hay también emisiones fónicas reflejas que no resultan de la agitación afectiva ni tienen carácter lúdico; son las que acompañan a diversas actividades corporales; durante la ejecución de movimientos de todo el cuerpo o de alguna de sus partes, se producen movimientos concomitantes reflejos en los órganos de la articulación. Pillsbury y Meader observaron que durante el levantamiento de objetos pesados, por ejemplo, y también durante la comida, ciertas oclusiones de la boca producen compresiones de aire que, al ser liberado da lugar a ruidos fricativos y explosivos⁵⁰. Estos movimientos articulatorios concomitantes sirven para explicar, entre otros, el fenómeno de la *to-deixis*, descubierto por la lingüística comparada y que consiste en la presencia casi universal de una consonante dental en los demostrativos: el ademán de la mano que señala va acompañado por un avance reflejo de la lengua⁵¹.

Kainz subraya con especial énfasis el hecho de que las emisiones fónicas, recién descritas bajo el nombre de invariantes glotogónicas, presentan notables diferencias de tono, intensidad y duración de acuerdo con el tipo de agitación afectiva, la clase de esfuerzo corporal o el objeto externo que las provoca. El grito de terror y el de cólera agresiva son diferentes; los sonidos vocales concomitantes al salto y al levantamiento de pesadas cargas no son iguales; la proximidad de un rinoceronte enfurecido y el descubrimiento repentino de una serpiente entre las zarzas no producen la misma reacción vocal. El llamado sexual y la algarazca lúdica se distinguen fácilmente⁵².

Esta riqueza en diferenciaciones modulatorias que corresponden *constantemente* con estados de agitación afectiva y movimientos del cuerpo bien determinados, la especializada relación fónico-orgánica, permite discernir y definir dos sistemas: el uno expresivo, el otro impresivo; pero sin olvidar que la frontera práctica entre ambos nunca es clara, pues los sonidos correspondientes al segundo están cargados de afectividad y los pertenecientes al primero tienden a difundirse entre los demás individuos en virtud de un fenómeno de resonancia psicoafectiva basado en el isomorfismo constitucional de la especie⁵³.

Debe recalarse con toda fuerza que la comunicación lograda por medio de los sistemas impresivo y expresivo de sonidos vocales no tiene nada que ver con signos convencionales ni con intencionalidad deliberada. Es un fenómeno que se explica, de un lado, por la resonancia psicoafectiva que acabamos de señalar, y, del otro, por el auxilio empráctico de la situación en que se encuentran los comunicantes y el refuerzo de los movimientos expresivos no fónicos⁵⁴.

Otra invariante glotogónica, más compleja que las anteriores y correspondiente a un estrato genético más reciente, es la onomatopeya, cuyas raíces no están en la imitación consciente y deliberada, sino en la adaptación inmediata y espontánea de los órganos articulatorios a la impresión causada por los objetos. Hay onomatopeya cuando una impresión acústica es reproducida con recursos vocales; pero esa reproducción, según Wundt, no resulta de una semejanza buscada, es lograda por movimientos impulsivos de los órganos vocales⁵⁵.

En estrecha relación con la onomatopeya está la metáfora fónica que surge cuando sensaciones ópticas o de origen cinético (el relámpago, el resplandor de la luz, el fluir del agua, el reptar ondulado de la serpiente, etc.) se traducen en emisiones fónicas⁵⁶.

Se habla de simbolización vocal cuando las emisiones vocales son utilizadas con modulaciones casi musicales del tono para sugerir estados de ánimo⁵⁷.

En ninguno de estos casos puede hablarse de signos convencionales; la comunicación se logra en virtud de la resonancia afectiva, los productos fónicos arrancan de una articulación espontánea.

Hemos descrito las invariantes glotogónicas que están presentes activamente en el lenguaje humano actual, no sólo durante su aprendizaje sino también como fuente permanente de nuevas creaciones verbales, y de las cuales puede suponerse que también participaron en la creación inicial del lenguaje.

Nótese que, en momentos de gran agitación emocional, no es infrecuente que una persona quede lingüísticamente reducida a gritos reflejos e instintivos. Nótese también que trastornos patológicos o de origen traumático pueden producir la misma reducción por largos lapsos o en forma permanente.

Recordemos ahora las notas esenciales del lenguaje humano; ante todo, el calificativo *humano* es redundante. Corrientemente se usa la palabra *lenguaje* en un sentido muy amplio, de manera que resulta posible hablar del *lenguaje* de las flores, del *lenguaje* de los pañuelos, del *lenguaje* de los animales. Pero el lenguaje propiamente dicho, prerrogativa del hombre, es un sistema de signos que pueden nombrar, describir y narrar cosas, estados de cosas y acontecimientos del mundo exterior o sus reflejos en la conciencia; además, estados y procesos de la vida interior, es decir, comunicarlos representativamente a una conciencia receptora. Descartando como inverificable e inverosímil la audaz teoría de que el lenguaje escrito precedió históricamente al oral, puede afirmarse que esos signos tienen primordialmente un carácter fonético y resultan de la articulación de la voz humana, siendo susceptibles de fijación gráfica⁵⁸.

Los signos lingüísticos poseen la capacidad de indicar y nombrar en una escala inaccesible a otros sistemas. El lenguaje puede utilizar y utiliza ampliamente las ayudas que la situación en que se encuentran los hablantes suministra a la comprensión, pero no depende de ellas, es capaz de narrar y describir prescindiendo de esa situación. El lenguaje combina valores de signo y valores posicionales: es un sistema biclásico de factores lexicológicos y sintácticos. Su simbolismo no es global, sino articulado; no lo caracterizan unidades de comprensión, sino la productiva combinación de elementos⁵⁹.

Toda lengua dispone de un campo deíctico y de un campo simbólico; mediante la deixis puede referirse a una situación perceptiva inmediata o a una situación imaginaria, mediante el símbolo puede evocar y utilizar todo el haber representativo y conceptual de los interlocutores⁶⁰.

Con un lexicón limitado, el lenguaje puede expresar todas las vivencias humanas, o, en el caso de lo inefable, por lo menos sugerirlo. Ninguna palabra nombra a ente real alguno individualmente. A conceptos se refieren los sustantivos y es mediante atributos y recursos similares como se logra la aproximación al ente singular cuando la necesidad, el interés o el afecto reclaman la individualización de entes que el pensamiento y el lenguaje tratan en general, abstractamente, con cierto frío desapego hacia las diferencias particulares. La limitación del vocabulario hace que casi cada palabra sea portadora de varios significados a veces muy disímiles, que pueden multiplicarse por ampliación metafórica. La indeterminación de la palabra aislada desaparece generalmente en el discurso gracias al influjo selectivo del acento, los atributos, las combinaciones, etc., pero sobre todo del sentido general y la situación que éste penetra. El sistema de signos llamado lenguaje puede operar adecuadamente con signos ambiguos y lograr inequívoca claridad en los mensajes; es más, puede servirse de esa ambigüedad misma, cuando así le conviene al operador, en actividades lúdicas, estéticas o diplomáticas⁶¹.

Agreguemos las características del signo lingüístico en tanto que *signo*: su creación no exige conexiones reales entre significante y significado, de manera que puede calificarse, en referencia a este aspecto, de *arbitrario*; lo anterior posibilita su importantísimo *valor económico*, pues estados de cosas sumamente complejos y enrevesadas operaciones conceptuales pueden ser indicados, representados y manejados con la ayuda de signos sencillos fijados convencionalmente; lo que Karl Bühler denomina *abstraktive Relevanz*⁶², o sea el hecho de que cuando un *concretum* se usa como signo, no interviene su totalidad en esa función, sino uno de sus aspectos; así, lo importante en los números persas (erróneamente llamados arábigos), como signos gráficos, es cierta configuración o *Gestalt*; para que sean usados y comprendidos como tales, resulta indiferente que sean escritos a mano o a máquina, sobre papel o sobre arena, con tinta o con humo, por un torpe principiante o por un experto calígrafo, siempre y cuando la configuración se mantenga dentro de sus límites de variabilidad. Por último, la *fácil repetibilidad*: no todo material es igualmente apto para convertirse en vehículo de significación; además de estar ligado constantemente con lo significado, el cuerpo del signo debe prestarse a la repetición indefinida y su manejo no debe exigir enormes dispendios energéticos⁶³. En este sentido, ningún signo puede superar al signo fónico.

Al referirnos definitivamente al lenguaje en su condición de sistema de signos, lo hemos considerado como *ergon*; ese es su lado objetivo: un conjunto unitario de estructuras fonológicas, morfológicas, sintácticas y léxico-semasiológicas que se ponen de manifiesto en el uso lingüístico y están presentes en los productos gráficamente fijados de éste. Pero podemos acercarnos también al lenguaje desde su ángulo subjetivo y

considerarlo como *enérgica*; desde este punto de vista, el lenguaje es una actividad psicofísica que se sirve del sistema de signos ya descrito, con el objeto de expresar estados de ánimo, influir en la conducta de los otros y transmitir informativamente contenidos intelectuales de índole conceptual.

La definición que acabamos de formular implica ya una toma de posición sobre las funciones del lenguaje, o, al menos, sobre sus funciones primarias y dialógicas, aunque deja de lado las funciones primarias monológicas y las secundarias. Tal reducción basta y sobra para los fines de este trabajo, pues quien logre explicar el origen de las funciones primarias y dialógicas del lenguaje, explicará *a fortiori* las primarias monológicas y las secundarias.

La concepción del sistema de signos lingüísticos como *organon*, instrumento comprensible a partir de las tareas que realiza, arranca de Platón⁶⁴ y ha dado lugar en tiempos modernos a profundos estudios que intentan determinar las funciones del lenguaje. En algunos de esos estudios prevalecen tendencias singularistas, no en el sentido de que reconozcan al lenguaje sólo una función, sino en el sentido de que asignan a una u otra de ellas la primacía absoluta. Así, Darwin⁶⁵ y Croce⁶⁶ representan un singularismo expresivo, Marty⁶⁷ y Wegener⁶⁸ un singularismo de la función imperativa coordinadora de la acción, mientras fenomenólogos como Dempé⁶⁹ en adhesión a la lógica lingüística de Bolzano⁷⁰ asignan un papel central a la función indicativa e informativa.

Para corregir la violencia monista de estos singularismos con su parcialidad y su falta de sistema, han surgido dualismos y pluralismos. Según los dualistas, Th. W. Danzel⁷¹ por ejemplo, el lenguaje tiene dos funciones primarias: expresión y comunicación; el que habla o bien da salida a sus vivencias o bien transmite pensamientos. Runsel⁷², Maier⁷³, Jaberg⁷⁴, Dittrich⁷⁵, y Vossler⁷⁶ sostienen la misma tesis con leves variantes, aunque el último tiende a preferir el aspecto monológico expresivo. Horn establece la antítesis actividad expresiva- actividad finalista⁷⁷, y para Martinak el lenguaje es, por una parte, movimiento expresivo involuntario, y, por la otra, expresión de la voluntad⁷⁸.

Pluralista es una teoría cuando reconoce en el lenguaje más de dos funciones irreductibles. Schingnitz las define como objetivaciones de los datos inmediatos de la percepción y de las vivencias, y las clasifica en tres categorías: la forma subjetiva intrapersonal o monólogo, la subjetivo-objetiva interpersonal o diálogo y la forma puramente objetiva extrapersonal de la fijación gráfica en la escritura⁷⁹. Schwarz propone cuatro funciones: anuncio, significado, denominación y comunicación⁸⁰. Gerber distingue en el lenguaje tres aspectos: arte, comunicación y conocimiento⁸¹.

Kainz, a quien debemos nuestro conocimiento de la historia de esta problemática y de su estado actual, rechaza todas esas clasificaciones porque no responden a una concepción sistemática y por tanto mezclan las funciones primarias con las secundarias, las monológicas con las dialógicas, y propone una clasificación tripartita fundamentada en la también tripartita clasificación que la psicología hace de las funciones psíquicas⁸².

Ya Bühler había distinguido en forma sistemática tres funciones de acuerdo con los tres factores elementales del comercio lingüístico: hablante, oyente, objeto comunicado; si el interés principal de la actividad gravita sobre el hablante, la función es expresiva; si gravita sobre el oyente en el sentido de un intento por dirigir su conducta, la función es imperativa; si gravita sobre el contenido de la comunicación, la función es informativa⁸³. Pero llamaba síntomas a los signos lingüísticos que sirven la primera función, señales a los que sirven la segunda y símbolos los que sirven la tercera, olvidando que los signos lingüísticos son en todo caso símbolos y confundiendo así la función con su instrumento. Su clasificación adolece además de vacilaciones terminológicas.

Es Kainz quien ha logrado integridad sistemática con la clasificación de las funciones lingüísticas en primarias dialógicas (Kundgabe, Auslösung, Bericht), primarias monológicas (Ausdruck, innere Appell, Denkhilfe und Bewusstseinstütze) y secundarias (estética, ética, mágico-mítica y lógico-alética)⁸⁴.

La primera función dialógica y primaria del lenguaje -podríamos llamarla lírica- libera tensiones afectivas y recurre a la participación del oyente para intensificar su efecto catártico. La segunda -podríamos llamarla dramática- intenta ejercer influencia sobre el interlocutor para dirigir su atención o modificar su conducta. La tercera -podríamos llamarla épica- informa mediante descripción de situaciones, narración de acontecimientos o exposición de pensamientos, y lo importante en ella no es ni el estado de ánimo del hablante, ni el efecto a producir en el oyente, sino la transmisión de contenidos mentales.

Las dos primeras pueden servirse del lenguaje en forma lacónica, elíptica, interjectiva; pero la tercera pone en juego necesariamente el acervo léxico-morfológico y sintáctico.

Aun cuando pueden aislarse y distinguirse perfectamente y se presentan muchas veces en toda pureza, estas tres funciones por lo general se interpenetran, porque la actividad lingüística pone juego no sólo una parte,

sino la totalidad del psiquismo. Así, una narración, además de transmitir información, puede servir al hablante para liberarse de tensiones afectivas o para influir sobre los oyentes; vice-versa, la expresión de las emociones y las manifestaciones de la voluntad imperativa se hacen con palabras cuyo contenido suministra información.

Con respecto a la interrogación, a la cual no nos habíamos referido hasta ahora, es indudable que pertenece a la segunda función pero presenta características singulares: es la última que aparece en la adquisición del lenguaje por parte del niño; éste puede ya entre los nueve y los doce meses expresar sus necesidades en forma imperativa, entre los catorce y los quince meses puede nombrar los objetos que lo rodean con palabras articuladas pero las preguntas más elementales se hacen esperar hasta el fin del segundo año de vida por lo menos; es cuando un niño puede interrogar que se le considera en posesión del lenguaje⁸⁵. En los casos de afasia progresiva la función interrogativa es la primera que desaparece, lo cual demuestra, según Gelb, su tardía y elevada adquisición filogenética⁸⁶. Para Kainz, el orden de estratificación genética de las funciones lingüísticas es el siguiente: primero la interjectiva, luego la imperativa, después la indicativa-informativa, y por último la interrogativa⁸⁷.

No se sabe de ningún animal que pueda hacer preguntas; debe interpretarse como *boutade* la referencia de Locke a un loro que sabía interrogar⁸⁸. Tampoco saben hablar los loros, como bien dice Delacroix, "...no se trata de lenguaje, sino de algunos reflejos condicionados verbales"⁸⁹. Sírvanos este loro de transición para tratar algunos aspectos del "lenguaje" de los animales.

La mayoría de los animales puede emitir sonidos, que son o bien expresivos de agitación orgánica o bien concomitantes de movimientos corporales. El conjunto de estos sonidos constituye, según las especies, sistemas más o menos complejos, pues se trata de sonidos diferenciados, cada uno de los cuales está en relación constante con un tipo determinado de agitación orgánica o de actividad corporal. Estos sonidos son individuales y reflejos, pero pueden influir sobre los demás miembros del grupo en virtud de un fenómeno de resonancia⁹⁰.

Además, los animales sociales se sirven de dispositivos semánticos innatos para ejercer un control mutuo de la conducta. Se trata de señales instintivas que se emiten automáticamente de acuerdo con las necesidades de la relación interindividual y los problemas característicos del *habitat*⁹¹.

El lenguaje humano, como ya hemos anotado cumple también una función expresiva y una función de control social de la conducta; pero al cumplirlas se sirve de palabras articuladas que son símbolos y no reacciones automáticas que surgen de la constitución biológica en forma espontánea, símbolos artificiales construidos por el hombre y en los cuales los síntomas fónicos reflejos y las señales vocales instintivas no son sino material para el trabajo creador de la articulación deliberada, aun las reacciones verbales automáticas del hombre están mediatizadas culturalmente. Un inglés dice *iouch!*, cuando se golpea el dedo con un martillo mientras clava un clavo y *ioops!*, cuando se resbala; es evidente que esas expresiones no son naturales como el bramido de una vaca, sino parte de un acervo lingüístico adquirido culturalmente⁹²; nosotros no diríamos eso en las mismas circunstancias.

Síntomas y señales fónicos no son lenguaje. Hay lenguaje cuando hay simbolización por medio de constructos fónicos⁹³. Cuando el hombre, como consecuencia de una tremenda agitación emotiva, o de grandes traumas, o de un estado patológico, queda reducido a síntomas y señales fónicos naturales, puede decirse que ha salido del ámbito lingüístico.

Los animales domesticados responden adecuadamente a palabras emitidas por el hombre; pero su conducta no obedece a una comprensión del símbolo verbal sino a un reflejo condicionado inducido por el adiestramiento. El animal es incapaz de establecer una relación entre palabras y objetos o actividades, lo hace reaccionar una configuración acústica formada por el tono de la voz y una parte de la palabra utilizada, junto con los ademanes del adiestrador y la situación⁹⁴, en ningún caso el significado de la voz utilizada.

Ahora bien, los estudios paleontológicos efectuados hasta hoy demuestran que hubo un tiempo en que no existían *hominés sapientes* sobre la tierra y, en consecuencia, tampoco lenguaje como comunicación por medio de símbolos fónicos. Debió éste, pues, tener un principio. ¿Surgió de los dispositivos semánticos de los antropoides, cuya existencia anterior a la del *homo sapiens* ha sido demostrada?

Weinert afirmó, con luminoso ingenio, que los animales no hablan no sólo porque no pueden, sino también y sobre todo porque no tienen nada que decir; sus señales y síntomas fónicos innatos bastan para sus

necesidades⁹⁵. ¿Qué característica de la inteligencia humana impone la necesidad de signos artificiales? ¿En qué condiciones se hizo imprescindible el empleo de símbolos conceptuales? Si estas interrogantes se responden ¿cómo se hizo posible la satisfacción de tal necesidad? ¿Cómo surgió, nació o fue creado el lenguaje?

El problema está planteado. Examinemos los principales intentos que se han hecho para resolverlo, no sin antes hacer notar que el lenguaje es una superestructura.

Erró la psicología de otros tiempos cuando creyó que el lenguaje era una *facultad*; yerra el vulgo cuando se imagina que caminar y hablar son actividades igualmente naturales. El desarrollo orgánico y la maduración funcional capacitan al individuo humano para usar sus sentidos y trasladarse de un lugar a otro; pero el uso del lenguaje (dominio de un idioma) exige mucho más que eso; no pertenece a la herencia biológica, es un bien cultural que ha de ser adquirido con el auxilio de la comunidad.

En la anatomía humana no se encuentra ningún órgano destinado a efectuar funciones lingüísticas: los pulmones, la laringe, la faringe, la tráquea, los labios, la lengua, los dientes, las encías, la cavidad bucal, las fosas nasales tienen como funciones originales los procesos vitales de respiración, masticación, deglución y excreción, y las seguirían teniendo aunque no hubiera lenguaje⁹⁶. Además, los movimientos naturales de esos órganos no tienen por finalidad la producción de sonidos articulados; éstos resultan de modificaciones y extensiones artificiales de aquéllos⁹⁷.

El lenguaje es, pues, una superestructura, una actividad que se sobrepone a órganos y funciones naturales obteniendo de ellos los instrumentos y el material fónico para construir y manejar un sistema de símbolos.

Pensadores de filiación behaviorista ven en el lenguaje una parte de la motricidad que está al servicio del mutuo control de la acción en las relaciones sociales, y en la psicología del lenguaje una parte de la psicología del movimiento⁹⁸. Desde este punto de vista puede imaginarse el origen del lenguaje de la siguiente manera: en un principio el antecesor del hombre efectuaba sus operaciones de expresión y comunicación por medio de movimientos corporales, gestos, acciones mímicas que eran acompañados por sonidos vocales de carácter secundario; lo visual predominaba sobre lo acústico y no fue sino paulatinamente como los *movimientos* fónicos fueron cobrando importancia hasta liberarse de lo mímico-gestual, pero sin dejar de ser movimientos musculares voluntarios o involuntarios de manera que el pensamiento mismo no es sino un hablar subvocálico; hay sólo una diferencia de grado de complejidad entre el conjunto de recursos expresivos y comunicativos de los animales y del hombre.

La emancipación de la emisión fónica de su carácter de fenómeno concomitante y su conversión en signo puede imaginarse así: Durante un trabajo efectuado en colaboración y cuya ejecución iba acompañada de sonidos vocales involuntarios, alguno de los participantes anticipó el sonido al acto logrando así, por una parte, evocar el esfuerzo precedente y, por la otra, anunciar el siguiente. Nació de esa manera el primer signo artificial, que pudo ser utilizado más tarde para guiar la acción conjunta y sirvió de eslabón inicial para una creación en cadena de signos del mismo género⁹⁹.

Con respecto a esta teoría, es necesario decir que desconoce la esencial diferencia, el *novum* entrañado en el símbolo cuando se le compara con las manifestaciones de la motricidad; tal desconocimiento es producto del prejuicio behaviorista que niega lo no observable exteriormente y da la primacía a la función imperativa sobre la informativa sin considerar que ésta sería imposible sin conceptos, los cuales no son senso-riamente percibibles, sino mentalmente inteligibles. Con respecto al origen sinérgico del signo artificial, que hemos ejemplificado con una situación imaginaria, es evidente que su concepción encierra un *hysteron proteron*, pues el homínido primitivo, para poder vivir en comunidad y efectuar trabajos colectivos, tenía que usar algún lenguaje como vínculo necesario para la organización social¹⁰⁰.

Otra teoría sobre el origen del lenguaje lo hace derivar de las interjecciones. Como sabemos, las emisiones fónicas producidas por la agitación orgánica y las de función imperativa, presentes en las especies animales, son muy diferenciadas y su diferenciación no es arbitraria, sino que corresponde constantemente y de manera especializada al tipo de agitación y al resultado que se obtiene en el mutuo control de la conducta. Cuando una de esas emisiones fónicas, que para los efectos de esta teoría podemos llamar interjecciones, fue producida independientemente de su contexto natural, evocó, por asociación de contigüidad, el efecto de que era síntoma o la acción para la cual era señal. Se convirtió así en signo voluntario e intencional, en símbolo verbal, en palabra. La interjección estaba, por decirlo así, preparada para esta transformación, pues implicaba siempre una posición diferente de los órganos articulatorios, prefigurando, en forma natural, la movilidad característica del aparato fonador en la diversificada producción de símbolos verbales¹⁰¹.

